540 - 1



Evocando a Salvador Allende

Apuesto, arrogante, jovial, con cierta amargura...

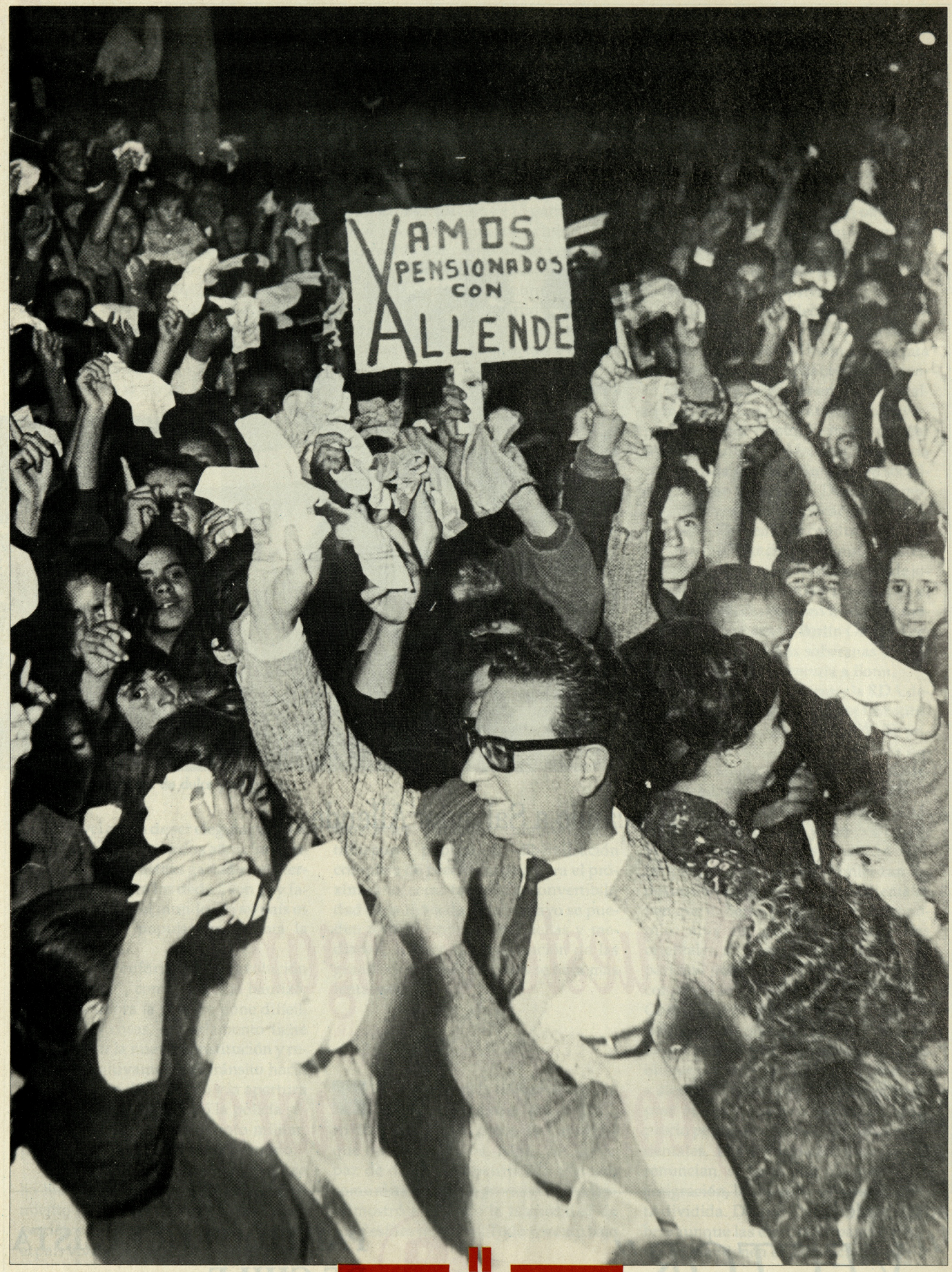
auspiciado por:

"VECTOR"

Centro de Estudios Económicos y Sociales

PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

540 - 2



540 -3

Humberto Díaz-Casanueva

Requieren los historiadores chilenos, al encarar los últimos períodos de nuestra vida colectiva, alejarse de la formalización de los acontecimientos y extraer una reflexión ética que sirva para articular una visión del futuro. El positivismo y los planes seccionales de las ciencias humanas han de desembocar en una coherencia mayor para hacer frente a emergencias que burbujean en el mundo y que suscitan más pavor que extrañeza. De ahí que un acontecimiento mayor nos ha obligado en estos últimos días, querámoslo o no, a sumirnos en evocaciones luctuosas y terribles, sin que aparezca, inteligible del todo, especialmente a las nuevas generaciones, el legado que reciben.

Me refiero al traslado de los restos de Salvador Allende, desde su sepultura improvisada e incógnita, a un mausoleo con lápida e inscripción, que constituirá un ara, un retablo, un amparo para angustias y dilemas de un pueblo mortificado ante la vida y ante la muerte. La vida requiere actitudes y decisiones; la muerte, un culto especial, como si sucediera una animación de los despojos, una reverencia, una compenetración para que se revele un sentido.

En muchas partes de Chile la tierra es escarbada y nos da un hueso, un botón, un trapo. Talismanes.

Hoy día no me sale legible el bosquejo sociológico del profesor, ni tampoco el panegírico exaltado del poeta. Sólo lo humano, lo demasiado humano... Mucho, tal vez con discernimiento y lucidez, se ha escrito sobre el hombre, el personaje que pasó de la carne al bronce, el que produjo un tajo en nuestra historia, pero que no está aún estatuario ni ritualizado.

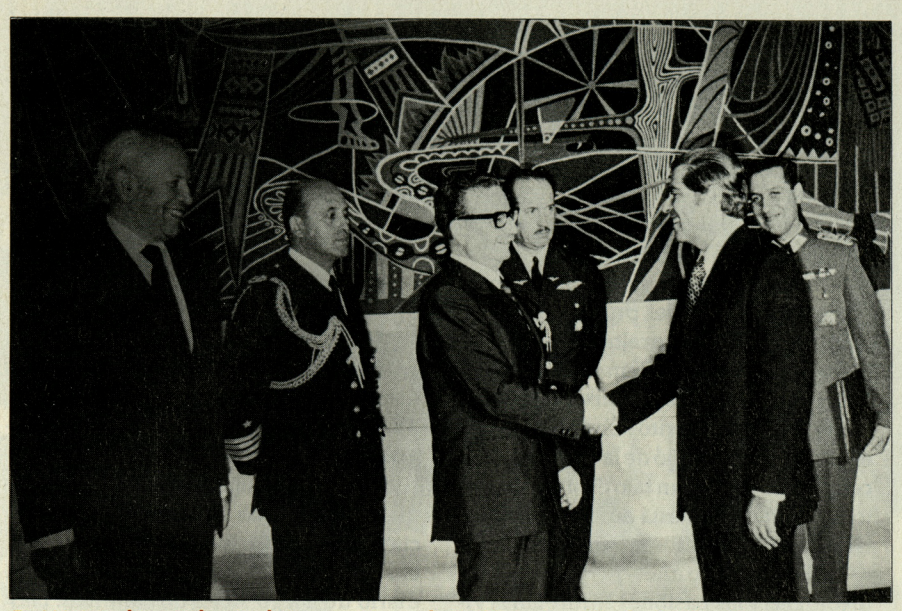
Han pasado años, pero todavía las ideologías y las pasiones enturbian la visión para situarlo en su justo sitial, a él que es "El Mismo", y a la vez, compendio de tantas vidas tronchadas. No sé cómo se le enseña en las escuelas. Hay un Allende y un allendismo, ambos actuantes en la profusión de una mentalidad colectiva que no alcanza a un consenso y que persiste en una contienda. La tragedia no ha llegado a una catarsis. Esperemos confiados en el día de la justicia porque su verdadera y viviente inhumación se realizará en nuestros espíritus.

ZAPATEROS ANARQUISTAS

Conocía a Allende, años después de 1940, junto con Schnake; el uno atildado, el otro hirsuto. Tonos vocales disparejos: Allende lucía su inteligencia y su humor, el otro, más sobrio y flemático. Hablaban sobre "anarquía" y yo escuchaba con deleite, porque todavía me quedaban ascuas de aquel credo. Frecuenté mucho los medios anarquistas en el Río de la Plata e incluso escribí en el diario de Diego Abad de Santillán. Hay ideas que son más fecundas en su titubeo y en las dudas que ellas engendran. Poco se ha investigado todavía el fluir de la fuente anarquista dentro del socialismo chileno. Creo que tal doctrina tuvo vali-



540-4



En México, durante la gira latinoamericana de 1972, junto a Humberto Díaz-Casanueva El primero de la izquierda). Al fondo sonríe el entonces edecán Sergio Badiola.

miento en el espíritu libertario del nuevo partido. Le gustaba a Allende repetir en sus discursos el pensamiento de Bolívar: "Si alguna República permanecerá largo tiempo en América, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de la libertad". Allende y Schnake recibieron la enseñanza de zapateros anarquistas. Yo fui aprendiz en Montevideo del zapatero Triviño, expulsado por el general Ibáñez. ¿Qué opción del espíritu crece de tal oficio? Jacob Böhme, el gran místico alemán, era un zapatero.

Mi amistad con Allende no fue del todo cultivada por mis largas estadas en el extranjero. Pero cuando regresaba a Chile me acogía con gran intimidad y ánimo generoso. Supe que tenía capacidad de líder, probada ya en sus tiempos de estudiante, amigo de intelectuales, inclinado a temas políticos, y a la boga, la natación y el hipismo. El Presidente Mitterrand escribe: "Nacido en una gran familia de la burguesía liberal, nieto de hombres públicos, habría podido ser un médico de renombre o un brillante político clásico". Tercamente, aferrado al culto de sus antepasados, pertenecía a la Masonería. Desgraciadamente, institución tan respetable, al parecer de muchos, no tuvo una actitud íntegra durante la dictadura.

Seguramente contribuyó a nuestra estrecha amistad el hecho de que yo hubiera colaborado con Eduardo Grove, embajador de Chile en Ottawa, Canadá, casado con Inés, hermana de Salvador. Era una mujer alta y hermosa, distinguida, refinada, a la vez sutil y firme.

> Han pasado años, pero todavía las ideologías y las pasiones enturbian la visión para situarlo en su justo sitial

Me impresionaba la reciedumbre de su carácer junto a cierto tono exquisito. El, como médico, colaboraba en los hospitales curando a los heridos de la guerra. Eran alegres y entusiastas, pero entre los hielos, con niños pequeños y nostálgicos, decidieron irse a su florido terruño natal. ¿Cómo iba yo a sumirme en aquel tiempo en una alucinación terrorífica e imaginarme que Salvador sería el huésped de sus sepulturas? Rondan nuestras vidas fuerzas demoníacas imprevistas que de repente irrumpen en cierto azar impregnado de fatalidad.

EN CASA DE ALLENDE CONOCI A FREI

Después de algún tiempo, yo fui trasladado a Washington, y luego, a Santiago. Allende me recibió en su casa y me acosó a preguntas acerca del "imperialismo yanqui" y de la situación internacional. Allende fue uno de los Presidentes que dio a Chile un sitial preponderante en el mundo conquistando el respeto y la admiración, especialmente de los luchadores contra las fuerzas de naciones avasallantes. Aquella noche, escuchándome pormenores de la política estadounidense, telefoneó y llamó a Frei. ¡En casa de Allende conocí a Frei, ligados por una gran amistad! A menudo he pensado, sin culpabilizar a nadie y sólo debido a circunstancias derivadas de incidencias y advenimientos de la historia, que los gentíos que seguían a ambos personajes pudieron haberse aproximado evitándose ulteriores catástrofes. Recuerdo que en un viaje a Chile, estando yo de Embajador en Argelia, el Presidente Frei me expresó sus temores de una subversión militar y de la necesidad de un acercamiento con los socialistas...

Aquella noche se conversó con toda franqueza, de la presión de las transnacionales, su extensión en el capitalismo mundial y el aumento de los riesgos de la desestabilización en las débiles economías dependientes. Advertí muchas coincidencias aunque la óptica variaba.

Allende, apuesto, arrogante, jovial, fruncía a veces el ceño con cierta inescrutable amargura. Sus discursos carecían de retórica y no pretendía aspaventar, pero eran medulares, al alcance de cualquiera audiencia, combativos, pragmáticos, alcanzando a veces entonaciones de una singular belleza, como puede advertirse en las palabras postreras de su vida. No invocaba ni citaba al materialismo dialéctico ni al marxismo-leninismo; algunos afirmaban, con cierta sorna, que no había llegado hasta el fin en su lectura de "El Capital"... No obstante, recuerdo que una vez discutimos acaloradamente sobre Frantz Fanon, la autogestión, el socialismo yugoslavo y el argelino. El era más bien partidario de una planificación central, aunque gradualista, que no terminase en dictadura ni en bu-

540 - 5



rocracia. Sentía un gran afecto por Castro, pero nunca pretendió imitarlo. En uno de sus discursos dice textualmente: "Yo no pienso en medida de imposibles. No me comparo con nadie. Mi proposición es la chilena".

Fue siempre un socialista demo-

> Sentía un gran afecto por Castro, pero nunca pretendió imitarlo

crático, a sabiendas de que la finalidad era revolucionaria, por la calidad de los cambios profundos que habrían de verificarse en las raíces de la sociedad. Estaba abierto a todas las transiciones, enemigo de cualquier violencia y menos de espolear la agresividad de las fuerzas sociales en pugna. Su sinceridad y el trasfondo de sus ideas e intenciones no alcanzaron a ser comprendidas, más bien falseadas intencionalmente por muchos.

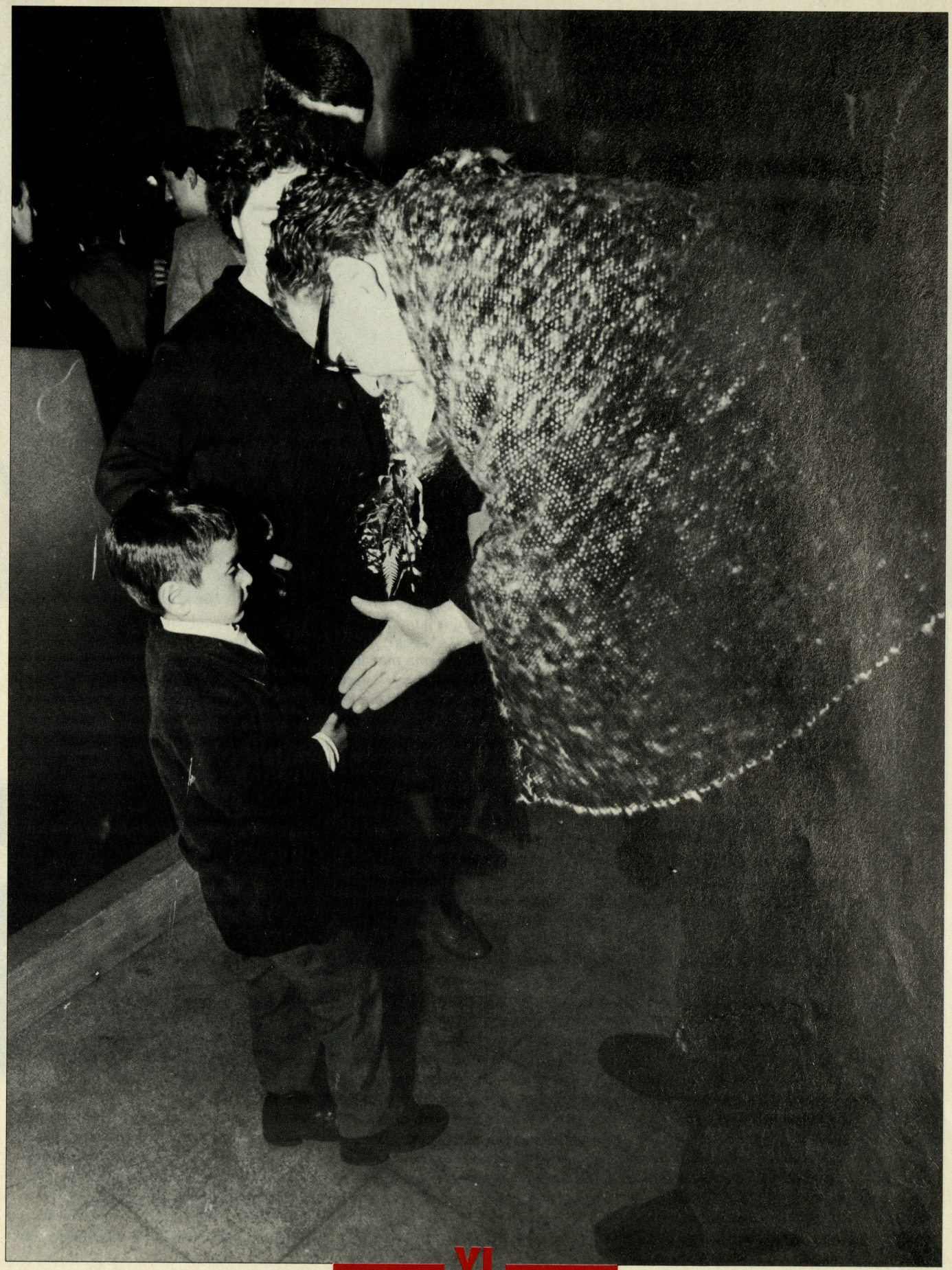
La mixtificación fue un arma mortífera en el desastre. Allende dio un ejemplo de humanismo y de integridad moral, auténtico en sus flaquezas y en sus merecimientos. Lo veo jugando con sus perros como un adolescente atolondrado. De repente, dejaba a sus amigos o comensales y se hundía en un sillón, apartándose en la plenitud de un remoto silencio. ¿Tal vez alguna premonición trágica?



TENCHA BUSSI El Presidente Allende no permitió que su retrato se ostentara en oficinas o sitios públicos. Pero yo logré apoderarme de uno. Confieso: cuando el 11 de septiembre de 1973 comencé a sacar mis libros y mis cosas de la oficina en que yo trabajaba, alcé su retrato y me hundí en sus ojos. Algo triste, más bien siniestro, me conmovió hasta las lágrimas.

Seguramente fue presa de miedos naturales o absurdos que no disimulaba del todo, aunque era valeroso por naturaleza. Un día, escapando de temblores, encontró a la que iba a ser su gran compañera; otros temblores, suscitados por espíritus malignos, los separaron para siempre. Conocí a Tencha en una exposición de Arte. Venía yo recién regresando de Alemania con una colección de dibujos de la famosa Käthe Kollwitz, prohibida y apresada por los nazis. Su especialidad era la pediatría y prefirió abrir

540 - 6



540 - 7

su consultorio en los barrios bajos de Berlín. Era socialista y pacifista. Con una técnica a veces acendradamente realista, otras, expresionista, con terribles tinturas negras, elegía como motivos fundamentales las manifestaciones callejeras de niños y de madres, gente extremadamente triste y macilenta ostentando carteles que decían ¡hambre!, ¡nunca más guerra!, ¡piedad por vuestros semejantes! Sus dibujos eran anteriores al último conflicto mundial. Dije algunas palabras al inaugurarse la exposición y parangoné los personajes de aquel Berlín tan lejano con los nuestros en las poblaciones marginales de Santiago.

Luego me acerqué a aquella mujer de ojos tan grandes y magnéticos, con un collar de perlas traslúcidas. Me dijo que era profesora y colaboraba con Salvador Allende en la confección de una obra sobre la "realidad médico-social de Chile". Advertí que el amor se entrelazaba con la dedicación a los pobres. Así se inició una de las amistades, mezcla de respeto y de ternura, que más he valorizado en mi vida. Durante la vida de Salvador fue una esposa estimulante, llena de aliento y abnegación; comprensiva en sus caprichos, inspiradora en sus afanes. Muerto, conquistó el afecto de líderes mundiales, de muchedumbres, de juventudes ávidas de conocer a fondo uno de los episodios más fascinantes y desgarradores de la vida contemporánea.

No sólo dio a conocer lo concerniente a Chile sino que también participó en causas relativas a los derechos humanos y a la libertad y dignidad de otros pueblos. Fue forjándose en ella una personalidad recia, sin quebrantos ni iras, serena, siempre esperanzada en una vida mejor y más digna para su pueblo. El bombardeo de La Moneda y la cruenta aniquilación desatada con ira, con ferocidad y sadismo no han hecho de ella un ser amilanado y abatido. Ahora la hemos rescatado para bien de todos nosotros. Salvador estaría orgulloso de que su espíritu se haya encarnado íntegramente en esta mujer.



Salvador tenía a veces actitudes inquietantes y formulaba proposiciones inopinadas e imprevistas

Ambos, cada uno por su lado, expresaban su culto por las artes y las letras. Salvador amaba al arte precolombino, y una vez me mostró, con gran orgullo, una pieza que le había regalado el Presidente de Colombia. En cierta ocasión llegó mi casa y yo le enseñé, seguramente con fatuidad, un huaco peruano auténtico, hermosísimo, obsequio especial de mis amigos de Lima. Quedóse hasta las cuatro de la mañana tratando de convencerme, con los argumentos más astutos, de que yo le regalara la codiciada pieza. Me describía el lugar de su casa en que la colocaría y la placa con mi nombre que pondría a sus pies. Por fin llegamos a una transacción: se la confiaría en préstamo por un año. Y se la llevó. ¿Qué será de tanta belleza mutilada, profanada, robada?

Tencha me dijo, con motivo de un congreso de escritores americanos que se celebraba en Valparaíso, que en su nombre invitara a Juan Rulfo y Onetti. Transmití su recado, los convencí de que no había protocolo de ninguna especie, pero no aceptaron la invitación: el uno, por timidez; el otro porque fumaba incesantemente grandes y fétidos cigarrillos. Sin ellos, le daban descargas nerviosas; con elloso la gente comenzaba a sentir náuseas.

UNA CARTA PARA NIXON A las seis de la mañana de un día de 1958, Salvador me saca de la cama y comenzamos a dar vueltas en su destartalado auto. Me dice que a través de altos personajes, el Presidente Ibáñez me ofrecía el Ministerio de Educación. Yo observé un silencio embarazoso. Salvador me expresó que le parecía bien la propuesta porque él siempre había ahincado en mis dotes de humanista, en mi experiencia bajo el nazismo; y luego yo podría reanimar el entusiasmo y la solidaridad con mis viejos colegas, los profesores. Comprendí que no era un mandato de Allende, pero algo había de prescripción en sus palabras. Entonces le advertí: tres años viví en Uruguay exiliado por culpa de Ibáñez y atacándolo día tras día. Mi conciencia moral me impide aceptar tan honroso ofrecimiento, aunque el hombre haya cambiado. Salvador me dijo que respetaba mi negativa. Y se fue dejándome solo con mis cavilaciones.

Salvador tenía a veces actitudes inquietantes y formulaba proposiciones inopinadas e imprevistas. Ya él Presidente y yo embajador ante las Naciones



Unidas, en un tiempo precario en que las relaciones con Estados Unidos empeoraban notablemente, estando yo de visita en Chile, Salvador me convocó. Tieso en mi sillón, veo que da largos trancos –adusto y abismado en un silencio lleno de maraña. Yo pensaba para mis adentros que debía disponerme a recibir algún regaño. De pronto sonríe por la primera vez y me dice: "Humberto, no debes ser tan 'chino' en las Naciones Unidas". Recién había ingresado China al organismo mundial, en una noche memorable. Yo había pronunciado un largo discurso basándome especialmente en las enseñanzas que había recibido en un seminario organizado por los cuáqueros. Luego, en la Asamblea de las Naciones Unidas, se sientan codo a codo: Chad, China y Chile, y nuestros delegados ayudaban a los neófitos en sus primeros pasos.

Antes de que yo mascullara alguna explicación, el Presidente me confió: "Te he llamado para algo más importante. Se me ha ocurrido enviarle una carta personal al Presidente Nixon en que toque puntos como los siguientes: el significado del proceso chileno, la doctrina, los planes económicos y de desarrollo, la nacionalización del cobre, la falsedad de la creación de un Estado marxista–leninista, la adhesión incondicional a la democracia, el mejoramiento de las relaciones con Estados Unidos sobre la base de la autodeterminación de los pueblos y otros puntos capitales, todo escrito en un tono que no sea altisonante, pero sí grave y digno. Sé –me agregó– que Nixon y Kissinger sienten por mí una hostilidad rayana en lo patológico, a pesar de los esfuerzos desplegados por Letelier, y que están haciendo lo posible en su obra de cómplices de los conspiradores chilenos...". Yo opiné que la intención era buena, a la vez que complicada y dificultosa; tal vez lo mejor era un ensayo de redacción para verificar los al-

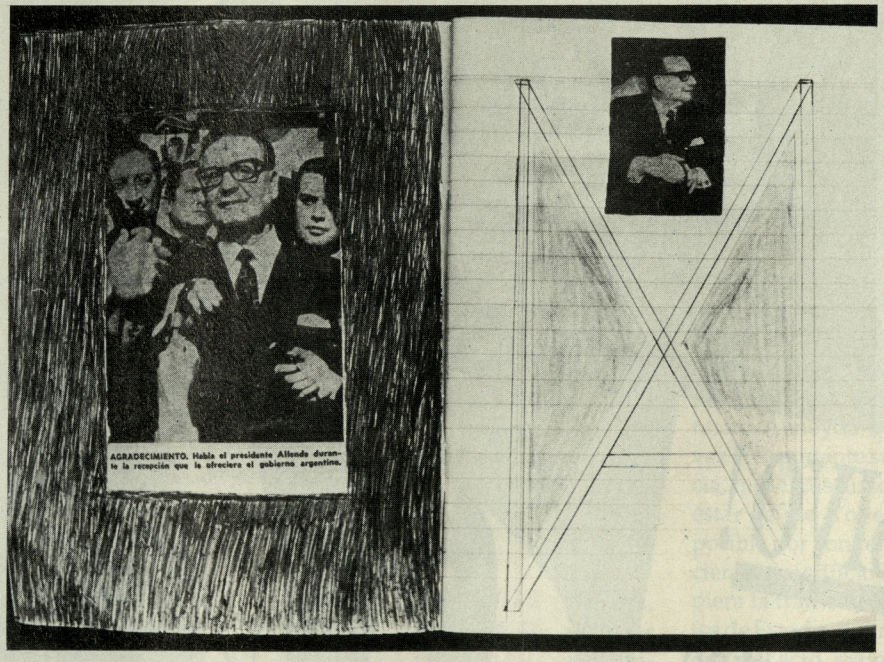
540-9

cances de un posible texto. Le prometí trabajar la noche entera y así escribí páginas y páginas.

Al día siguiente le entregué el proyecto al ministro Almeyda que lo encontró interesante, agregándome que el asunto requería de mucho estudio. Sé que hubo opiniones encontradas, pero al final Allende decidió no enviar carta alguna. Con el tiempo he comprendido que ya era muy tarde para desmontar la máquina infernal.



EL MARXISTA ALLENDE Antes de retornar a Nueva York hice ver a Allende la posibilidad de que interviniera en la próxima Asamblea General de las Naciones Unidas. El ambiente era propicio y me permitía augurarle un rotundo éxito para él, su régimen y el país. Como sucedía a menudo, Allende no hizo comentario alguno, me clavó la mirada, su rostro estaba como cerrado. No hubo una ninguna insistencia de mi parte y me despedí con un asomo de convencimiento: la flecha lo había clavado...



AGRADECIMIENTO. Habla el presidente Allende durante la recepción que le ofreciera el gobierno argentino.

Mi certeza tenía base sólida y plenitud de razón. Chile era uno de los países del mundo que gozaba del mayor prestigio y simpatía dentro de las Naciones Unidas y en el mundo en general. Era como si proyectáramos una savia y expresáramos una vocación para cambiar la idea del destino –para muchos inexorable– de los países en desarrollo del mundo, en especial de los latinoamericanos y los no alineados. No hacíamos comparsa con nadie a pesar de la acusación de "marxistas". Amplia divulgación tuvieron las palabras que pronunció el Presidente Allende con motivo de los acontecimientos de Praga expresando su franca crítica. Nuestra posición fue incluso alabada por los liberales, las juventudes universitarias y los intelectuales en Estados Unidos. No obstante, en los medios oficiales había una agitación en contra nuestra, tenaz y enconada; luego las empresas transnacionales sentían amagados sus intereses, y muchos temían el surgimiento de una nueva Cuba en el continente. Los exiliados cubanos nos amenazaban continuamente y obstaculizaban nuestra labor.

Nunca pude conseguir que algunos periodistas neoyorquinos dejaran de llamar a nuestro Presidente con un epíteto que parecía un apodo espantable más que una calificación doctrinaria: el "marxista" Allende. Yo confiaba mis cuitas y disgustos a mi colega el embajador Bush, actual Presidente de los Estados Unidos.

A pesar de que tenía que cumplir las consignas de su gobierno, siempre me manifestó consideración y simpatía aunque a veces nos enardecíamos en discusiones enervantes.

DESENTENDIMIENTO CON LOS ESTADOS UNIDOS

Hay un investigador chileno, Joaquín Fernandois, autor de un importante libro *Chile y el mundo: 1970-73*, viciado por el prejuicio insistente de que nuestra política exterior estuvo basada en el marxismo-leninismo... Llega a decir que el Movimiento de los Países No Alineados –del cual fue Presidente el ministro Almeyda– estaba instigado por la Unión Soviética... Yo lo refuté en una conferencia que di en el Instituto de Relaciones Internacionales Contemporáneas exponiendo ampliamente, y en detalle, el ideario, la metodología y la práctica de los representantes de Chile en la Asamblea General y en sus diversas Comisiones: Ecosoc, Comisión de Derechos Humanos, Consejo de Namibia, instituciones especializadas y tantos otros organismos de los cuales Chile era miembro por elección preferencial. Felipe Herrera, Aníbal Palma y otros analizaron también, con brillo, la política internacional de Chile en el cita-

540-10

do período. Años han de pasar todavía para que se dé crédito y se establezca la verdad sobre una etapa de nuestra historia velada por tanta impostura.



A pesar de todos nuestros esfuerzos no logramos establecer con el gobierno de los Estados Unidos una relación más franca y normal. Alguien debe evidenciar todo lo relativo a la "gestión Letelier", y a la persistencia e ímpetu que demostró en su labor.

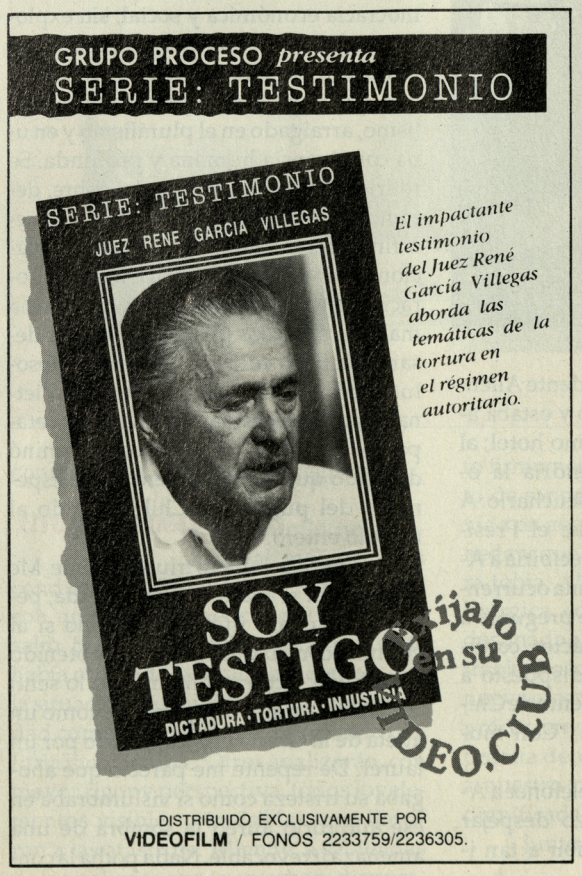
Antes de la venida de Allende a Nueva York nos juntamos con el secretario de Estado Rogers, el ministro Almeyda, el embajador Letelier y el infrascrito. Fue una entrevista terca y desagradable dentro de un ambiente sumamente tenso. Como mito revelador de un contraste tan aflictivo, yo, que no soy jurista, extraía un mensaje simbólico de las palomas que picoteaban fuertemente en la ventana. Se discutía la nacionalización de cobre y, especialmente, la deducción de las utilidades más allá del 12 por ciento, lo que no infringía las normas del Derecho Internacional. Rogers dijo algo muy irónico: "Ustedes me presentan como irrefutable algo que procede de las mañas de hombres versados en leyes". Salimos muy abatidos.

Al alejarse U Thant de la Secretaría General de las Naciones Unidas, gravemente enfermo, comenzaron las diligencias para elegir un sucesor. Chile, basándose en su ascendiente e influjo, presentó como candidato a Felipe Herrera, una de las personalidades más prestigiosas de la América Latina, hombre ponderado y de gran talento. Todos los miembros del Consejo de Seguridad le dieron su aceptación, pero lo vetó Estados Unidos. Recuerdo que le hicimos una visita al embajador Bush tratando de inquirir acerca de las razones del veto. Para informar a nuestro gobierno Herrera redactó un brillante documento que cabría buscar en los Archivos Confidenciales de nuestra Cancillería. Entonces Chile hizo una nueva tentativa: presentó a Gabriel Valdés, hombre de suma confianza de U Thant, uno de los más destacados y lúcidos jefes de las Naciones Unidas. También fue vetado por los Estados Unidos. Entonces fue elegido Waldheim.





UNA SILLA PARA EL PRESIDENTE Un día, al llegar a mi embajada, encuentro un télex de la Cancillería anunciándome la visita de Allende a la Asamblea de las Naciones Unidas. El télex tenía un misterioso añadido: Allende no hablaría desde la tribuna sino desde una silla especial, muy alta, que habría que encontrar. Yo quedé atónito y contesté "imposible". Al poco rato recibo otro télex: "aténgase a instrucciones". Entonces llamé por teléfono al ministro Almeyda quien me dijo que tal vez el Presidente sufría de alguna dolencia, que el discurso era largo y no podía estar de pie. Yo le rogué que hiciera lo posible por convencer a Allende que hiciera un sacrificio máximo, que no rompiera la tradición seguida por tantos Jefes de Estado, que no alterara la solemnidad del acto, exponiéndose, sobre todo *él*, con fama de duro, sólido, revolucionario, a ser considerado por una audiencia tan notable, como débil y semiparalítico. Ya alojado en el Hotel Waldorf Astoria, traté de explicarle que la tribuna era un bloque de mármol imponente, no cóncavo, en que era imposible insertar y disimular una silla. Lo encontré obcecado. Entonces salí a buscar la grotesca silla.



540 - 11



Al volver de la gira por América Latina, el general Prats devuelve el mando al Presidente Allende. Observan José Tohá y Daniel Vergara.



Recibiendo el saludo de Patricio Aylwin, entonces presidente del Senado(21 de mayo de 1971)

Allende, a sabiendas de los peligros que lo cercaban, dispuesto firmemente a evitar un derramamiento de sangre entre chilenos, ofrendó su vida en aquel altar cívico que es La Moneda

En el hall del hotel me encontré con el embajador Bush, a quien le manifesté que el Presidente Allende había llegado y estaba alojado en el mismo hotel; al día siguiente tendría la oportunidad de escucharlo. A sabiendas de que el Presidente Nixon no recibiría a Allende, me vino una ocurrencia temeraria. Le pregunté a Bush si, en carácter confidencial, estaría dispuesto a saludar al Presidente de Chile. Me contestó: "Con mucho gusto".

Entonces telefoneé a Allende quien hizo despejar su sala para recibir a tan inesperado visitante. Durante media hora serví como intérprete a dos ilustres e imperecederos personajes: el Presidente de Chile y el futuro Presidente de los Estados Unidos. Ni el uno ni el otro sabían de la suerte que les deparaba el destino. Hablaron de caballos, petróleo, socialismo, conflicto del Este-Oeste, pobreza de la América Latina y de otras materias que no recuerdo. Patético me resulta hablar de este acontecimiento producido por una mera casualidad. Todo se redujo a cortesía, tal vez al esclarecimiento íntimo de asuntos; pero el encuentro no tuvo mayor trascendencia. Los dados estaban arrojados; los destinos, inquebrantables.

Al día siguiente, Allende habló "desde la tribuna clásica". Una silla de bar estaba semiescondida en un rincón del gran proscenio universal.

AMENAZA IRREVOCABLE

Su discurso tuvo algo de admonición, propuesta y testamento. Manifestó, fundamentalmente, con reciedumbre y conmoción que Chile, sufriente como otros países del Tercer Mundo, estaba decidido a instaurar una democracia económica y social, sin explotación de los trabajadores, con libertades políticas y respeto a los derechos humanos, que impulsara el proceso del socialismo, arraigado en el pluralismo y en una convivencia humana y profunda. Se refirió a la nacionalizaión del cobre, denunció las presiones externas, el bloqueo financiero-económico, las confabulaciones subterráneas. Criticó a las corporaciones transnacionales y su influencia maléfica sobre los pueblos en vías de desarrollo. Hizo votos por el término absoluto de la guerra fría, por la paz en Vietnam, por la necesidad de una nueva etapa por el orden internacional. Terminó diciendo que traía un mensaje de esperanza del pueblo de Chile dirigido al mundo entero.

Fue ovacionado triunfalmente. Me levanté por si acaso requería ayuda, pero tenía la cara iluminada, como si al cumplir con su deber hubiera obtenido para Chile victoria y honra. No lo sentí cansado sino ágil e imponente, como un atleta de la Grecia clásica, ceñido por un laurel. De repente me pareció que ahogaba su tristeza como si vislumbraba en ese auditorio áureo la sombra de una amenaza irrevocable. Nada podía la conciencia exaltada del mundo contra la

540-12








conspiración, la insidia, la ceguera.

LITURGIA FINAL Cuando lo fui a dejar al avión que lo conduciría a Moscú, lo observé de nuevo con un rictus de preocupación y sobresalto. Supe después que Brezhnev no le había otorgado la ayuda esperada y que la situación en Chile adquiría una gravedad como de borbotones estallando con furia incontenible. Otros analizarán, con mayor rigor y perspectiva, todos los elementos visibles o invisibles, que llevaron a la catástrofe. Allende, a sabiendas de los peligros que lo cercaban, dispuesto firmemente a evitar un derramamiento de sangre entre chilenos, ofrendó su vida en aquel altar cívico que es La Moneda y que fue profanado con verdadera fobia. Allí sucedió una consumación litúrgica, como si él sintiera que estaba destinado a la expiación de algo impenetrable y oscuro. Ahora revive para una nueva era; no se yergue ante nosotros un prócer envanecido y ególatra, sino el profeta de acontecimientos que llevarán a nuestro pueblo a una condición más dignificada y justa.

Junto con la asonada militar, el comienzo de una represión salvaje, la insolencia de la oligarquía, la disolución de la democracia, sobrevino una desintegración de nuestra identidad, desventura de la cual todavía no logramos repararnos. Cada uno tiene su porción de negligencia o de culpa; también cada uno tiene ahora su responsabilidad y no hay que eludirla.

Allende no fue un dios, fue un hombre; no requiere de orantes en el camino de su Gólgota, pero sí de cultivadores de su fe y de su significación. Allende fue leal con nosotros; nosotros también debemos ser leales con él. •